

El fondo de la maleta

Crisis

Un artículo de George Steiner («¿El ocaso de las humanidades?» en *Revista de Occidente*, diciembre de 1999) remite, una vez más, al tema de la importancia que cobran las crisis en la historia de la cultura. La connotación ha afectado a la palabra crisis y, cuando la empleamos, solemos pensar en un momento difícil, de indecisión, de malestar, de extenuación y decadencia respecto a un pasado supuestamente exento de crisis y, en consecuencia, sereno, fluido, voluntarioso, feliz y enérgico.

El (mal) uso de la palabreja nos ha hecho olvidar que la crisis es el fenómeno por el cual un objeto altera su calidad, modifica su composición, subvierte su química. Por ello, a menudo, las grandes épocas de la cultura han sido tiempos de crisis, ya que promueven la revisión crítica y el ejercicio del criterio, dos vocablos —esta vez dichosamente— asociados al anterior.

Quizá no haya invención sin crisis y, en este sentido, no haya tampoco vida cultural sin un permanente estado de crisis. La «creación», si es que existe, provoca, por su parte, una constante crisis en los objetos dados, heredados. Si esta condición crítica se detiene, la actitud deviene pasividad y la imaginación creativa deja de serlo y se convierte en parálisis. Este es el estado, indeseable

estado, contrario a la crisis: la inmovilidad.

A cuento de lo anterior, Steiner se pregunta por enésima vez si las humanidades, que han vivido de las crisis y las han estimulado para vivir de ellas, sirven para humanizar a la humanidad. «El humanista que humanizare buen humanizador será, etc.». Una revisión de la historia de las inhumanidades cometidas por la humanidad parece demostrar que no. Exquisitas civilizaciones como la China clásica o la Alemania tardorromántica han dado patéticos ejemplos de crueldad asociados a un culto enternecedor por la miniatura de laca o la música para piano.

Ciertamente, el desarrollo de las humanidades no es un seguro contra la barbarie. Más bien puede pensarse lo contrario. La civilización y el salvajismo progresan en proporción directa, como insiste en concluir Walter Benjamin. Por otro lado —y aquí tal vez demos con la clave del asunto— sólo el hombre puede ser inhumano y saberlo. Si alguna utilidad tienen las humanidades es ésta: la intensificación de la Humanidad en los hombres, de la conciencia de nuestros momentos de enemistad con nuestra propia condición, la crisis permanente que nos habilita el criterio y el juicio crítico en una infinita persecución de nuestra íntima y utópica condición humana.

El doble fondo

El caso Filloy

En la parva galería de excéntricos de la literatura argentina (Macedonio Fernández, Enrique Banchs, Julio Fingerit) Juan Filloy ocupa un lugar incomparable. Nacido en 1894, se propuso conocer los tres siglos sucesivos y lo viene consiguiendo. Decidió también escribir una novela por cada letra del abecedario y siete letras por título. *Aquende* y *Balumba* (ésta en verso y con tema sicalíptico) inician la serie.

Abogado y juez de instrucción en Río Cuarto (Córdoba argentina) su vida transcurrió al margen del mundillo literario. Muy pocos de sus libros conocieron una edición comercial (*Op Oloop* en Paidós) y, en general, fueron impresos por cuenta del autor, quien los regaló a una lista de amigos. Por ello es asimismo difícil hallarlos en bibliotecas públicas. Reunir la obra de Filloy será más bien tarea de arqueólogos.

Cortázar reconoce su deuda con el extraño personaje y es posible hallar sus marcas en narraciones experimentales y neobarrocas de los años sesenta y setenta. Hasta cabe reconocerle una honra de especial amargura: la Junta militar que sometió a la Argentina entre 1976 y 1983 prohibió su libro *Vil y vil*, lo cual llevó a su detención e interrogatorio en una instalación del Ejército.

Más allá y más acá de sus cualidades literarias, Filloy señala una de las vías realmente alternativas del escritor contemporáneo, la propuesta en su tiempo por un esquivo profesor de inglés de Besanzón, Stéphane Mallarmé: evadirse del mercado, vindicar el carácter privado —y, por ello, íntimo— de la literatura, quitarle todo precio y exaltar su valor. Tiempo no le ha faltado a Filloy para ejercitar su excentricidad, su alejamiento del centro, entre el siglo del simbolismo y el siglo de la cibernética.